

Los sueños de mi padre



Una historia de raza y herencia

Barack Obama



En estas memorias líricas y absorbentes, el hijo de un africano negro y una estadounidense blanca busca un significado viable a su vida como negro afroamericano. Comienza en Nueva York, donde Barack Obama se entera de que su padre —al que conoce más como mito que como hombre— ha fallecido en accidente automovilístico. La inesperada noticia provoca en él un viaje físico y emocional que le lleva de Kansas a Hawai y más tarde a Kenia, en una emotiva odisea que le permitirá conocer realmente a su familia, la amarga verdad de la vida de su padre, y conciliar al fin las distintas partes de su fragmentada herencia.

Pues ante Ti somos extranjeros, y estamos de paso, como nuestros padres.

I CRÓNICAS 29:15

PREFACIO A LA EDICIÓN DE 2004

Ha transcurrido casi una década desde que este libro se publicó por primera vez. Como ya mencioné en la introducción original, la oportunidad de escribirlo surgió mientras estudiaba Derecho, y fue consecuencia, sin duda, de haber sido elegido el primer presidente afroamericano de la *Harvard Law Review*. A raíz de la modesta publicidad conseguida recibí un adelanto por parte de un editor, y me puse a trabajar en la creencia de que la historia de mi familia y mis esfuerzos por comprenderla, podrían servir para mostrar en alguna medida la segregación racial que ha caracterizado el devenir norteamericano, al igual que la fluctuante identidad—los saltos en el tiempo, los choques culturales— que marca nuestra vida moderna.

Como todo autor primerizo, me embargó la esperanza y la desesperación cuando llegó el momento de su publicación: la esperanza de que el libro tuviera éxito más allá de mis sueños juveniles y la desesperación de que no hubiese sido capaz de contar algo que mereciera la pena. La realidad se quedó en algún punto intermedio. Las reseñas fueron ligeramente favorables. De hecho la gente acudía a las lecturas que organizaba mi editor. Sin embargo, las ventas no fueron nada extraordinario. Así que, después de unos cuantos meses, seguí con mi trabajo cotidiano seguro de que mi carrera como escritor sería muy corta, aunque estaba contento por haber sobrevivido a esta experiencia con mi dignidad más o menos intacta.

No tuve mucho tiempo para reflexionar en los diez años siguientes. Dirigí una campaña de registro de votantes du-

rante las elecciones de 1992, me integré en un despacho especializado en derechos civiles y comencé a enseñar Derecho Constitucional en la Universidad de Chicago. Mi mujer y yo compramos una casa, tuvimos la suerte de tener dos preciosas hijas, sanas y traviesas, y luchábamos para poder pagar las facturas. Cuando quedó vacante un escaño durante la legislatura estatal de 1996, algunos amigos me persuadieron para que me presentase al cargo, y lo conseguí. Antes de ocupar el puesto ya me habían advertido de que la política estatal carecía del *glamour* que ostentaba su homóloga en Washington: se trabaja en la sombra, en temas importantes para algunos pero que no significan gran cosa para la mayoría de los ciudadanos de a pie (la regulación de las casas prefabricadas, o la incidencia de los impuestos sobre la depreciación del equipamiento agrícola). Sin embargo, encontré satisfactorio el trabajo, principalmente porque la política a este nivel permite resultados concretos a corto plazo: la ampliación del seguro de enfermedad para los niños de las familias sin recursos, o la reforma de una ley que envía a un inocente al corredor de la muerte. Y también porque en la sede gubernamental de un Estado grande e industrial, uno ve todos los días la realidad de una nación en continuo movimiento: madres de familia de barrios humildes, granjeros que cultivan maíz y judías, jornaleros inmigrantes mezclados con banqueros de barrios residenciales; todos compitiendo por hacerse oír y todos dispuestos a contar sus historias.

Hace unos cuantos meses gané la nominación del Partido Demócrata para ocupar un escaño como senador por el Estado de Illinois. Fue una carrera difícil en un campo plagado de candidatos importantes, cualificados y prestigiosos; yo simplemente era un negro con un nombre extraño, sin organización alguna que me apoyara ni riqueza personal, y por el que pocos apostaban. Cuando obtuve la mayoría de los votos en las elecciones primarias del Partido Demócrata, ganando tanto en los barrios de población

blanca como negra, en las zonas residenciales como en el centro de Chicago, la reacción que siguió fue similar a la de mi elección para la *Law Review*. Los comentaristas de los principales medios expresaron su sorpresa y su sincera esperanza de que mi victoria supusiera un cambio significativo en nuestra política racial. Dentro de la comunidad negra había un sentimiento de orgullo por mi triunfo, un orgullo mezclado con la frustración de que cincuenta años después de *Brown v. Board of Education*^[1] y cuarenta años después de que se aprobara el Acta de Derecho al Voto, todavía tuviéramos que estar celebrando la posibilidad (y solo la posibilidad, ya que tengo por delante unas duras elecciones generales) de que yo pudiera ser el único afroamericano — y solo el tercero desde la Reconstrucción— en llegar a senador. Mi familia, mis amigos y yo mismo estábamos desconcertados por la atención que despertábamos, conscientes en todo momento del abismo existente entre el brillo de los reportajes de prensa y las duras realidades de la vida cotidiana.

Del mismo modo que aquella popularidad de hace una década provocó el interés de mi editor, esta nueva serie de apariciones mías en la prensa le animaron a reeditar el libro. Por primera vez en muchos años cogí un ejemplar y leí unos capítulos para ver hasta qué punto podía haber cambiado mi voz con el paso del tiempo. Confieso que hice de vez en cuando una mueca de disgusto ante la pobre elección de una palabra, una frase equivocada, o la expresión de alguna emoción quizá demasiado indulgente o manida. Quería eliminar unas cincuenta páginas del libro dado que me gusta ser conciso. Sin embargo no puedo decir, francamente, que la voz del libro no sea la mía ni tampoco que hoy contaría la historia de forma diferente a como lo hice hace diez años, incluso si ciertos pasajes han resultado ser políticamente inconvenientes, carnaza para críticos comentarios y tendenciosas indagaciones de la oposición.

Lo que ahora ha cambiado de manera radical y decisiva es el contexto en el que se puede leer el libro. Empecé a escribir teniendo como telón de fondo Silicon Valley y el boom del mercado de valores; la caída del Muro de Berlín; Mándela, que con lentos y firmes pasos abandonaba la prisión para liderar un país; y la firma de los acuerdos de paz de Oslo. A nivel interno, nuestros debates culturales —en torno a las armas de fuego, el aborto y las letras de los raperos— eran más atractivos incluso que la Tercera Vía de Bill Clinton, un recorte del estado del bienestar sin ambición y sin drásticas aristas, que parecía incluir un amplio consenso subyacente sobre los problemas de la redistribución, un consenso al que incluso George W. Bush, con su «conservadurismo compasivo», iba a dar su aprobación. A nivel internacional, los escritores anunciaban el fin de la Historia, la consolidación del libre mercado y la democracia liberal, la sustitución de antiguos odios y guerras entre naciones por comunidades virtuales y batallas por la cuota de mercado.

Y luego, el 11 de septiembre, el mundo se fractura.

Queda lejos de mi habilidad como escritor poder aprehender aquel día y los que le siguieron: los aviones, como espectros, desapareciendo entre el acero y el cristal, las torres desmoronándose en cascada a cámara lenta, las figuras cubiertas de ceniza deambulando por las calles, la angustia y el miedo. No pretendo entender la locura nihilista que guio aquel día a los terroristas y que todavía hoy guía a sus correligionarios. Mi poder de empatía, mi habilidad para llegar hasta el corazón de otros no puede penetrar la mirada vacía de aquellos que asesinaron a inocentes con tan serena y abstracta satisfacción.

Lo que sé es que la historia volvió aquel día con fuerza y que, de hecho, como nos recuerda Faulkner, el pasado nunca está muerto y enterrado —ni siquiera es pasado—. Esta historia colectiva, este pasado, me afecta a mí directamente. No solo porque las bombas de Al-Qaeda han mar-

cado, con precisión estremecedora, alguno de los paisajes de mi vida —los edificios, las calles y las caras de Nairobi, Bali, Manhattan—, ni porque a consecuencia del 11 de septiembre mi nombre sea una tentación irresistible para que republicanos fanáticos se burlen de él en las páginas web. Sino también porque la lucha subyacente entre un mundo de abundancia y otro de escasez, entre lo moderno y lo antiguo, entre quienes aceptan nuestra desbordante, conflictiva y complicada diversidad apostando por los valores que nos unen, y quienes, bajo cualquier bandera, *slogan* o texto sagrado, buscan alguna certeza o la simplificación que justifique la crueldad hacia aquellos que no son como nosotros —esa es la lucha que, a escala menor, plantea el presente libro—.

Lo sé, he visto la desesperación y el desorden de los desfavorecidos: cómo afecta la vida de los niños en las calles de Yakarta o Nairobi de la misma forma que a los del South Side de Chicago. ¡Qué débil es para ellos la línea que separa la humillación de la furia descontrolada! ¡Con qué facilidad se deslizan hacia la violencia y la desesperanza!

Sé que la respuesta de los poderosos a este desorden no es la adecuada: alterna una sorda complacencia con una firme e irreflexiva aplicación de la violencia, mayores sentencias de prisión y armamento militar más sofisticado cuando el desorden traspasa los límites prefijados. Sé que la represión, la adopción del fundamentalismo y la tribu son nuestra perdición.

Así, lo que ha constituido mi más íntimo y profundo esfuerzo para comprender esta lucha y encontrar mi sitio en ella, ha generado un debate público importante con el que estoy comprometido y que influenciará nuestras vidas y las de nuestros hijos en años venideros.

Las implicaciones políticas de todo ello serían tema para otro libro. Permítanme terminar con una nota personal. La mayor parte de los personajes que aquí aparecen forman

parte de mi vida, aunque a distintos niveles: bien por razones de trabajo, de infancia, de geografía y de los azares del destino.

La excepción es mi madre, a quien perdimos con una brutal rapidez, víctima de un cáncer, pocos meses después de que se publicara este libro.

Había pasado los últimos diez años de su vida haciendo lo que más amaba. Viajó por el mundo, trabajó en pueblos lejanos de Asia y África ayudando a las mujeres a comprar una máquina de coser, una vaca lechera o a adquirir una educación que pudiera servirles en un mundo globalizado. Se reunía con amigos de las altas y bajas esferas, daba grandes paseos y observaba la luna. Recolectaba baratijas en los mercados de Delhi o Marrakech, un fular o una piedra tallada que le hiciera gracia o le llamara la atención. Escribía reportajes, leía novelas, atosigaba a sus hijos y soñaba con sus nietos.

Nos veíamos con frecuencia; nuestra relación seguía siendo estrecha. Mientras escribía este libro ella leía los borradores, corregía las historias que yo había malinterpretado, ponía cuidado en no hacer comentarios acerca de la descripción que hacía de su persona y, además, estaba siempre dispuesta a explicar o defender los aspectos menos halagüeños del carácter de mi padre. Llevó su enfermedad con resignación y buen humor, ayudándonos a mi hermana y a mí a proseguir nuestras vidas a pesar de nuestros temores, contradicciones y repentinos momentos de desaliento.

A veces he pensado que si hubiera sabido que no sobreviviría a su enfermedad, podría haber escrito un libro distinto, no tanto una reflexión sobre el padre ausente sino un homenaje a la persona que fue la única constante en mi vida. Gracias a mis hijas veo, día tras día, su alegría y su enorme curiosidad. No voy a intentar describir cuánto lloro aún su muerte. Sé que fue el espíritu más bondadoso y ge-

neroso que jamás he conocido y que lo mejor de mí se lo debo a ella.

INTRODUCCIÓN

En principio, mi intención fue escribir un libro muy diferente. La oportunidad de hacerlo surgió por vez primera mientras estudiaba en la Facultad de Derecho y después de resultar elegido el primer presidente negro de la *Harvard Law Review*, una publicación periódica de temática jurídica poco conocida fuera del ámbito profesional. A mi elección le siguió un gran despliegue publicitario, incluidos algunos artículos periodísticos que hablaban no tanto de mi modesto éxito como del lugar tan peculiar que la Harvard Law School ocupa en la mitología americana y del ferviente deseo de Norteamérica por encontrar algún signo de optimismo en el conflicto racial, algún indicio de que, después de todo, se habían hecho ciertos progresos. Algunos editores me llamaron, y yo, imaginándome que tenía algo original que decir sobre el estado actual de las relaciones raciales, decidí tomarme un año sabático después de mi graduación y plasmar mis pensamientos sobre el papel.

Durante el último curso de mis estudios de Derecho, comencé a organizar mentalmente, con una confianza rayana en la temeridad, el plan del libro. Se trataría de un ensayo sobre los límites de la legislación de derechos civiles y su incapacidad para potenciar la igualdad racial, reflexiones sobre el papel a desempeñar por la comunidad, la renovación de la vida pública mediante la organización de asociaciones ciudadanas, la discriminación positiva y el Afrocen-trismo (la lista de temas ocupaba toda una página). Incluiría anécdotas personales, sin duda, y analizaría las fuentes de ciertas emociones recurrentes. Pero, en conjunto, sería un

viaje intelectual programado por mí de principio a fin, incluidos mapas, áreas de descanso y un estricto itinerario: la primera parte finalizada en marzo, la segunda revisada en agosto...

Cuando finalmente me senté a escribir, me di cuenta de que mi mente se dejaba arrastrar hacia mares más tempestuosos. Las primeras nostalgias afloraron, haciendo latir mi corazón. Voces lejanas se hicieron presentes, desaparecían y volvían a resonar. Recordé las historias que de niño me contaban mi madre y mis abuelos, historias de una familia que trataba de comprenderse a sí misma. Recordé el primer año que trabajé como organizador comunitario en Chicago^[2] y mis primeros y torpes pasos hasta que me convertí en un hombre. Escuché cómo mi abuela, sentada a la sombra de un mango mientras trenzaba el cabello de mi hermana, me hablaba del padre al que nunca había conocido realmente.

Comparado con ese torrente de recuerdos, todas mis ordenadas teorías parecían insustanciales y prematuras. Es más, rechazaba la idea de exponer mi pasado en un libro, un pasado que hacía que me sintiese vulnerable e incluso un tanto avergonzado. No porque ese pasado fuera particularmente doloroso o perverso, sino porque habla de aspectos personales que conscientemente rechazamos y que —al menos en apariencia— están en contradicción con el mundo en el que ahora vivo. Tengo treinta y tres años, ejerzo como abogado y participo de manera activa en la vida social y política de Chicago, una ciudad que convive con sus heridas raciales y se enorgullece de una cierta falta de sentimientos. Y en la medida que he sido capaz de librarme del cinismo, me gusta verme como alguien con sentido de la realidad y lo suficientemente cauto para no esperar demasiado del mundo.

Y aun así, lo que más me choca cuando pienso en la historia de mi familia es su inocencia constantemente puesta a prueba, una inocencia inimaginable incluso a los ojos de un

niño. El primo de mi mujer, que tiene solo seis años, ya ha perdido esa inocencia. Hace unas semanas les dijo a sus padres que algunos de sus compañeros de primer grado se habían negado a jugar con él debido a su oscura piel. Obviamente, sus padres, nacidos y criados en Chicago y en Gary, habían perdido su inocencia tiempo atrás y, aunque no están resentidos —ambos son tan fuertes, orgullosos y hábiles como cualquiera de los padres que conozco— uno siente el dolor que les embarga cuando manifiestan su deseo de mudarse a las afueras de la ciudad, a un barrio mayoritariamente blanco, medida que evitaría que su hijo pudiera verse envuelto en un tiroteo entre pandillas y que, además, les garantizaría que no iría a una escuela infradotada.

Sabemos demasiado, hemos visto demasiado, para considerar el breve matrimonio de mis padres —un negro y una mujer blanca, un africano y una norteamericana— como un valor absoluto. El resultado es que a ciertas personas les cuesta trabajo aceptarme tal y como soy. Cuando la gente que no me conoce bien, negro o blanco, descubre mis antecedentes (lo que normalmente es todo un descubrimiento, pues dejé de mencionar la raza de mi madre desde que tenía doce o trece años, cuando empecé a sospechar que al hacerlo me estaba congraciando con los blancos) puedo ver los ajustes que tienen que hacer en una fracción de segundo, y cómo buscan en mis ojos algún indicio revelador. Ya no saben quién soy. En privado, supongo, hacen cábalas sobre mi turbación interior (la mezcla de sangre, el corazón dividido, la tragedia del mulato atrapado entre dos mundos). Y si tuviera que explicar que no, que la tragedia no es mía, o al menos no solo mía, sino que es vuestra, hijos e hijas de Plymouth Rock y de la Isla de Ellis, es vuestra, hijos de África, es la tragedia tanto del primo de seis años de mi mujer como de sus compañeros blancos de clase de primer grado, así que no necesitáis tratar de encontrar lo que me perturba, lo podéis ver en los telediaros

nocturnos, y si al menos pudiéramos reconocerlo, entonces el ciclo trágico comenzaría a romperse... Bueno, sospecho que parezco un ingenuo incurable, aferrado a una esperanza perdida, como esos comunistas que venden sus periódicos en los alrededores de las universidades de algunas ciudades. O peor, puede que parezca que intento esconderme de mí mismo.

No critico la suspicacia de la gente. Hace tiempo que aprendí a desconfiar de mi niñez y de las historias que la moldearon. No fue hasta muchos años después, cuando me senté junto a la tumba de mi padre para hablar con él a través de la roja tierra africana, que pude retroceder en el tiempo y reconsiderar aquellas historias sobre mi persona. O, para ser más exactos, fue solo entonces cuando comprendí que había pasado un largo periodo de mi vida intentando reescribir tales historias, tapando los agujeros de la narración, suavizando los detalles menos agradables, proyectando las preferencias personales frente a la nebulosa visión de conjunto de la historia con la esperanza de hallar una base sólida sobre la que los hijos que aún no he tenido puedan erigirse firmemente.

Finalmente, a pesar de mi obstinación en evitar la mirada escrutadora del público y de mis periódicos impulsos de abandonar el proyecto, lo que se ha abierto camino a través de estas páginas es el relato de mi viaje interior: un joven en busca de su padre y, a través de esa búsqueda, del auténtico sentido de su vida como americano negro. El resultado es una autobiografía, si bien cuantas veces me han preguntado sobre el contenido del libro durante estos tres últimos años he evitado, por lo general, esa definición. Una biografía promete proezas dignas de ser contadas, conversaciones con gente célebre, un papel protagonista en sucesos importantes. Aquí no hay nada de eso. Una autobiografía implica, al menos, una recapitulación, una conclusión que difícilmente encaja con mi edad, con alguien que está tratando aún de abrirse camino en la vida. Ni tan siquiera

puedo poner mi experiencia como ejemplo de la que viven los negros americanos («después de todo, usted no procede de una familia marginal», me indicó amablemente un editor de Manhattan). De hecho, el aprender a aceptar esa realidad concreta —que puedo abrazar a mis hermanos y hermanas de raza, tanto en este país como en África, y reafirmar nuestro destino común sin tener que hablar a favor, o en nombre, de nuestras diversas luchas— es, en parte, de lo que trata este libro.

Por último, están los peligros inherentes a todo trabajo autobiográfico: la tentación de tratar los hechos de modo que favorezcan al autor, la tendencia a sobrestimar el interés que nuestra propia experiencia tiene para los demás, los lapsus selectivos de la memoria. Todos esos peligros tienden a magnificarse cuando quien escribe adolece de la sabiduría que otorga la edad, de la distancia que nos cura de ciertas vanidades. No puedo decir que haya evitado todos, o algunos, de esos peligros. Aunque gran parte de este libro se basa en diarios íntimos y en las anécdotas e historias que me contó mi familia, los diálogos no son sino una aproximación a lo que de hecho me contaron o transmitieron. En aras de una mejor comprensión, algunos de los personajes que aparecen son mezcla de gente que he conocido, y varios de los sucesos relatados carecen de cronología precisa. A excepción de mi familia y unas cuantas personalidades públicas, he cambiado los nombres de la mayoría de los protagonistas para salvaguardar su intimidad.

Independientemente de la etiqueta que se le cuelgue a este libro —autobiografía, memorias, historia familiar o cualquier otra cosa— lo que he tratado de hacer es escribir un relato honesto de una época concreta de mi vida. Cuando sentía que divagaba siempre pude acudir a mi fiel y tenaz agente literario Jane Dystel; agradezco a mi editor, Henry Ferris, sus amables pero firmes reprimendas; también a Ruth Fecych y al personal de Times Books por el entusiasmo y cuidado que han puesto para guiar el manuscrito.